

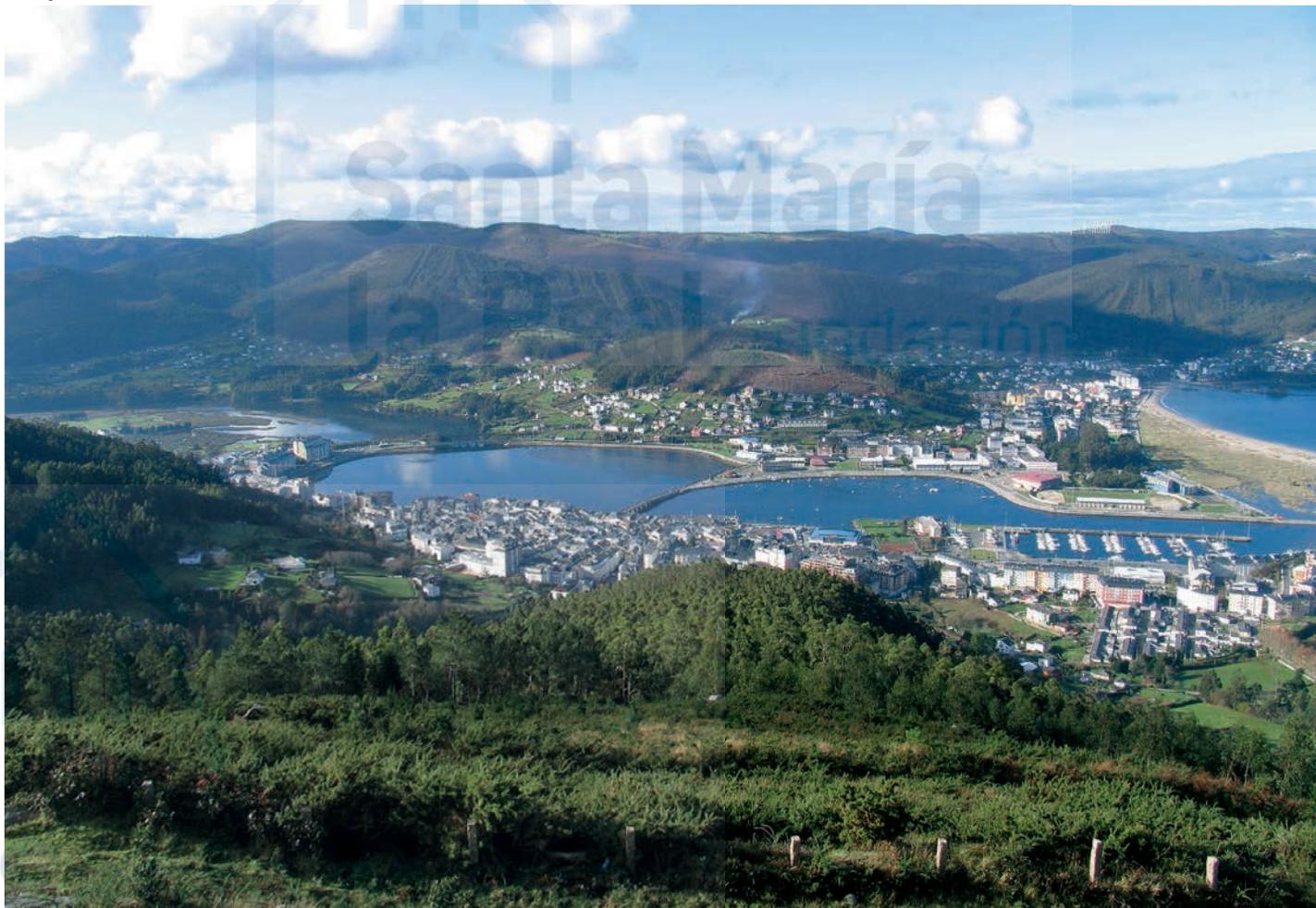
VIVEIRO

El municipio de Viveiro, perteneciente a la diócesis de Mondoñedo-Ferrol, tiene una extensión de 110 km² y está formado por trece parroquias, siendo las de Santiago y Santa María las dos únicas que se asientan en la villa. La ciudad de Viveiro, capital del municipio y de la comarca de A Mariña Occidental, se encuentra en la franja costera de la provincia de Lugo, a los pies del monte San Roque y mirando hacia la ría que forma el río Landro en su desembocadura. Dista aproximadamente 100 km de la capital provincial, desde donde se deberá salir por la A-6 dirección A Coruña hasta Baamonde, una vez allí se tomará la A-8 dirección Ribadeo que nos dejará en Vilalba para tomar la LU-861 dirección Ferrol con desvío a la LU-540 que es la que llega a Viveiro.

La historia de Viveiro ha sido tratada por diversos estudiosos, destacando la obra de los cronistas Juan Donapetry Iribarnegaray y Enrique Chao Espina.

No existe unanimidad entre los diferentes autores que estudian la historia antigua de Viveiro, pues, a pesar de contar con vestigios arqueológicos, son escasas las fuentes que nos permiten hacer un estudio riguroso de esta etapa. De todos modos, no cabe duda de que las tierras vivarienses tuvieron en la antigüedad un papel destacado, prueba de ello son los restos de numerosos castros esparcidos por el territorio o el mismo topónimo de origen latino derivado del término *Vivarium*, posiblemente haciendo referencia a un vivero o plantación.

Vista general de la villa



El documento más antiguo del Archivo de la Catedral de Mondoñedo en el que se menciona Viveiro data del año 877 y se refiere a la donación de la villa de Area, Faro y valle de Xuances hecha por el rey Alfonso III El Magno (866-910) al obispo de Mondoñedo Rosendo I (877-907). La siguiente referencia documental es de 1112 y en ella la reina Urraca (1109-1126) concede tres villas, entre ellas San Pedro de Viveiro, al obispo de Mondoñedo Nuño Alfonso (1112-1136). En otro documento de 1124, la mencionada reina Urraca y su hijo, el futuro Alfonso VII (1111-1157), tratando de acabar con las frecuentes discordias entre condes y obispos, realizan un reparto de tierras entre estos, enumerando las diferentes parroquias vivarienses y omitiendo las de Santiago y Santa María, es decir, las integradas en la trama urbana. Este hecho se ha interpretado como prueba de que en esta fecha todavía no existían estas dos parroquias y por tanto tampoco debería existir el núcleo urbano que hoy conocemos.

Sin embargo, todo este legado documental no se refiere de manera explícita al Viveiro que hoy conocemos, sino a determinadas villas medievales de la zona (*villae*) o a un territorio amplio de la misma (*terra Vivario*). No se aludirá directamente al núcleo urbano medieval hasta muy avanzado el siglo XII, cuando la villa empieza a aparecer con la denominación de *Concilium Pontis Vivario*.

A pesar de la hipótesis planteada por López Alsina, que sitúa el nacimiento de la villa en el tránsito de los siglos XII al XIII, desconocemos la fecha exacta de dicho asentamiento poblacional.

Lo cierto es que Viveiro presenta un plano típicamente medieval, con algunas calles que todavía conservan los nombres de su antigua organización gremial y con fragmentos de una muralla que mantiene tres de sus seis puertas originales.

La villa se fue configurando a lo largo de la Edad Media con especial pujanza y rápidamente se levantaron en ella sus dos iglesias de Santa María y Santiago y se asentaron los franciscanos y los dominicos en sus respectivos conventos extramuros.

Durante el período medieval Viveiro mereció un lugar muy distinguido entre las villas del reino, gozando de diversos privilegios reales y siendo visitado por varios monarcas. Gran parte de esta etapa histórica está ocupada por continuas luchas con la mitra de Mondoñedo, pues los vivarienses, que nunca aceptaron este señorío, se esforzaron por librarse del poder mindoniense y mantenerse bajo jurisdicción real, empeño que logran, ya que en 1346 consiguen del rey Alfonso XI la categoría de villa realenga.

Texto y fotos: DMRR

Bibliografía

AMOR MEILÁN, M., s.a.c. (1980), IX, pp. 859-896; CAL PARDO, E., 1991, pp. 17-19; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972 (2008), II, p. 650; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973 (1979), pp. 517-518; CHAO ESPINA, E., 1976, pp. 37-41, 120-122; CHAO ESPINA, E., 1977, pp. 17-34; DONAPETRY IRIBARNEGARAY, J., 1953 (1991), pp. 91-99; DONAPETRY IRIBARNEGARAY, J., 1953 (2007), V, p. 238; FARIÑA JAMARDO, X., 1991, X, pp. 411-426; LÓPEZ ALSINA, F., 1976, p. 62; OTERO PEDRAYO, R., 1962, I, pp. 149-151; RIELO CARBALLO, N., 1974-1991, XXX, p. 161; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1866 (2002), pp. 68-69.

Porta da Vila y la muralla medieval

INDEPENDIEMENTE DE QUE ANTES DE LA EDAD MEDIA existiese o no población donde hoy se halla emplazada la ciudad de Viveiro, aspectos como el estilo de su arquitectura religiosa, la morfología de su plano o los datos desprendidos de su legado documental, nos permiten afirmar que la villa que ha llegado a nuestros días es de origen medieval. De su arquitectura románica nos ocuparemos a continuación, por eso nos dedicaremos en este apartado a analizar su trama urbana, cuyo

plano presenta forma de espolón orientado por la Rúa Grande hacia el puente de la Ría en dirección Este-Oeste.

El cronista Juan Donapetry nos indica: "La villa de Viveiro estuvo circundada por altas y anchas murallas y torreones, más por la parte de tierra que del mar, que encerraban la población en un cuadrilátero bastante imperfecto, limitando por las que hoy son Avenida de Cervantes, Camino del Vallado, calle de García Dóriga y Malecón. Como hasta fines del siglo

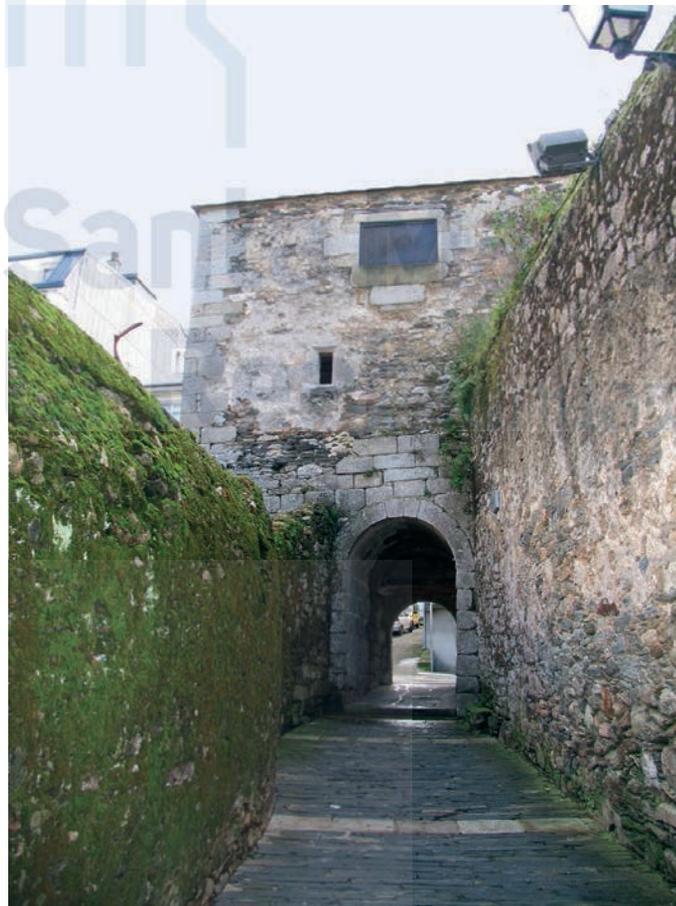


Porta do Valado

pasado no se construyó este paseo, por esta parte los muros estaban bañados por el mar que constantemente los batía. Los conventos de San Francisco y Santo Domingo quedaban fuera de la cerca. En las murallas se abrían seis puertas y cuatro portillos”.

Las puertas se ubicaban dando salida a las tres arterias principales, dos en forma de líneas tortuosas y casi paralelas, y una tercera secante que las corta en sentido transversal a la ría. Esta última se constituía como el eje más importante del recinto amurallado, comunicando en sus extremos con la ría y con el campo. En esta calle, denominada Rúa Grande, se abre en su parte inferior, mirando hacia el puente, la puerta de Carlos V, y en su zona alta la Porta do Valado, contigua al convento de la Concepción. Las otras dos vías tenían salida por el Norte a través de las puertas de San Antonio y Las Angustias y por el Sur a través de las de Santa Ana y del Santo Cristo del Amparo o Porta da Vila. Casi todas estas portadas debían su nombre a las imágenes que, colocadas en altares, se exponían y veneraban en la parte superior de la cara interna de sus arcos. Los cuatro portillos de la muralla daban acceso a la ribera definiendo con su traza una sucesión de sencillos arcos de medio punto abiertos hacia occidente.

Las murallas de Viveiro, por los datos de que disponemos, debieron de levantarse a principios del siglo XIII, siendo



Porta do Valado vista desde intramuros

muy probable que sus obras se prolongasen hasta el siglo XIV. Para realizar esta aserción nos basamos fundamentalmente en un testimonio epigráfico y tres documentales. La prueba epigráfica nos la aporta la inscripción datada en 1217 que conserva la Porta da Vila, de la que más adelante hablaremos. Entre los documentos que constatan la existencia de la muralla vivariense contamos con un acuerdo de 1321 entre el ayuntamiento y el convento de Santo Domingo por el que se dictamina que la iglesia de los dominicos debe formar cuerpo con la muralla de la villa. Se conserva además una donación de bienes realizada por un canónigo mindoniense en 1333 que nos revela que la muralla en su parte limítrofe con el convento de San Francisco ya estaba levantada. El tercer documento alude directamente a la cerca medieval y es un privilegio de 1339 por el que el rey Alfonso XI (1312-1350) concede a la villa permiso para invertir en la construcción de la muralla lo que se recaudase por la sal que se descargaba en el puerto de Viveiro.

Son escasos los datos que nos hablan de su estructura material. Sabemos que contaba con almenas y adarves en la parte alta y que sus puertas, sometidas a un mayor grado de vulnerabilidad, se construían en sillar regular porque además así lo indican las que han llegado a nuestros días, pero es muy probable que el muro fuese de aparejo irregular.



Porta da Vila

Con el discurrir de los siglos los muros sufren diversos desperfectos, sobre todo por estar en parte sometidos al vaivén de las mareas y por los graves incendios acaecidos en los años 1381 y 1540, contribuyendo a su reparación los monarcas Doña Juana, Carlos I y Felipe II, quienes otorgaron cédulas reales concediendo dinero para la reedificación de las murallas. A la autoridad pública le correspondía subvenir a los gastos de fábrica, así como decidir acerca de cualquier modificación en su trazado y establecer el régimen de vigilancia de las puertas. Los mismos habitantes del municipio estaban obligados a montar guardias en las murallas y a contribuir en el mantenimiento de las mismas, a excepción de los vecinos de algunas parroquias, que quedaban exentos de tales trabajos a cambio de organizar batidas periódicas contra los lobos.

Sin embargo, a finales del XVIII, según consta en el plano que Maseda y Zaragoza envió al geógrafo Tomás López, la muralla está prácticamente arruinada a pesar de que se mantiene su trazado y se conservan tres torreones en la parte alta, las puertas y los portillos, elementos que estarían llamados a desaparecer casi todos ellos durante el siglo XIX. De este modo las demoliciones se van sucediendo: en 1841 se derriba la puerta de San Antonio, un año más tarde la de Santa Ana, dos años después se arrasa el baluarte adyacente a la puerta de las Angustias, resistiendo esta última hasta el año 1861, en



Inscripción de la Porta da Vila

el que desaparece dejando como testimonio la imagen que en ella se veneraba y que hoy se guarda en la iglesia de Santa María do Campo.

Entre los restos actuales de la fortificación medieval contamos con algún fragmento aislado de muro y tres de las seis puertas originales.

El Calexón do Muro es un vestigio del antiguo adarve o camino de ronda de las murallas, tiene una longitud de unos setenta metros y su anchura oscila entre menos de un metro y medio y dos metros, dimensión esta que podría ser factible para aproximarnos al grosor de las murallas. Además de un pequeño fragmento de muro conservado en una vivienda próxima a Porta da Vila, existe otro posible lienzo en la Rúa dos Alfóls, que linda con el Calexón do Muro.

Las puertas que han subsistido, todas ellas declaradas monumento histórico artístico, son las siguientes: la puerta de Carlos V o Castelo da Ponte en la zona de la ribera, la del Valado en la parte más alta de la ciudad y la Porta da Vila o del Santo Cristo del Amparo que se abre en el flanco meridional del antiguo recinto.

La portada más moderna es la de Carlos V o Castelo da Ponte que se construyó para sustituir a otra anterior. De estilo Plateresco se comenzó a construir en 1548 y se continuó en 1554 por el maestro Pedro Poderoso. La corporación municipal inició los trámites para derribar esta puerta en 1856, pero afortunadamente este intento resultó fallido por haber elevado los vecinos un escrito de protesta al gobernador civil de la provincia.

Hay diversidad de opiniones a la hora de datar la Porta do Valado. Determinados autores catalogan la puerta en época romana basándose en su similitud con otras obras romanas, en su aspecto erosionado o en el análisis minucioso del despiece de su arco y del aparejo de sus sillares. Otros autores rechazan esta hipótesis situando su construcción en el mismo momento en que se levanta la fortificación medieval. Sea como fuere, la Porta do Valado ha llegado a nuestros días

probablemente por haberse utilizado la torre que la corona como paso o enlace de las dos partes de la primitiva huerta del Convento de la Concepción.

La puerta que más nos interesa por proximidad cronológica para nuestro estudio es la denominada Porta da Vila. Como su propio nombre indica, fue el principal acceso al recinto intramuros junto con la puerta del puente. Porta da Vila era la entrada para los transeúntes que llegaban a la villa a través del viejo Camiño Real y, una vez traspasado su arco, en su interior confluían cuatro calles, dato este interesante si tenemos en cuenta que el resto de las puertas se abrían a una única calle.

Su fachada se alza a modo de un sencillo torreón que abre en su parte inferior un arco de medio punto y en la superior dos vanos rectangulares. En su paramento predomina la sillería, aunque en su cuerpo más elevado se utiliza un aparejo formado por lajas de pizarra.

En la parte intramuros se abre otro arco de medio punto que genera una bóveda de cañón. Se distingue este, del arco exterior, por su mayor luz y por la disposición de sus impostas en un punto más elevado. Sobre la cara interna del arco se sitúa un retablo de principios del siglo XX tallado en madera que contiene un Cristo del XVIII flanqueado por las imágenes de la Virgen y San Juan. Precisamente debido a la imagen que se venera en Porta da Vila, recibe esta el nombre de puerta del Cristo del Amparo. Lo más interesante que nos encontramos en esta puerta es una inscripción medieval situada en un sillar de la cara interna occidental. Se trata de la muestra epigráfica más antigua de que disponemos en el recinto amurallado y nos permite considerar la Porta da Vila

como la edificación civil más antigua de la ciudad. La pieza de granito sobre la que se realiza la inscripción mide un metro de largo por cuarenta y ocho centímetros de alto, pero las letras ocupan solo la mitad superior del bloque, motivo que nos hace pensar en la posibilidad de que originalmente tuviese una o dos líneas más que cubrirían la mitad inferior del campo epigráfico. El contenido de esta inscripción dice así: ERA: M: CC: L: V / INTEMPO: R: AF: ("Era 1255 (año 1217) en tiempo del rey Alfonso"). El rey al que alude la lápida es Alfonso IX de León (1188-1230), que visitó Viveiro en 1225 y que en ese año y desde la propia villa expidió un documento con fecha de 9 de abril por el que donaba al monasterio de Santa María de Meira un terreno de realengo en la zona del Sor y una fonsadera en Ortigueira.

Texto y fotos: DMRR

Bibliografía

AMOR MEILÁN, M., s.a.c. (1980), IX, pp. 892-893; CAL PARDO, E., 1991, pp. 48-52; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972 (2008), II, p. 649; CHAO ESPINA, E., 1988, pp. 108-110; CHAO ESPINA, E., 1976, pp. 72-73; CRESPO PRIETO, R., 1991, pp. 423-437; DONAPETRY IRIBARNEGARAY, J., 1953 (1991), pp. 114-118; FARIÑA JAMARDO, X., 1991, X, pp. 411-426; LÓPEZ ALSINA, F., 1976, pp. 52-54; NOVO GÜISÁN, J. M., 1997, pp. 73-90; OTERO PEDRAYO, R., 1962, I, pp. 149-151; RIELO CARBALLO, N., 1974-1991, XXX, p. 161; SAN CRISTÓBAL SEBASTIÁN, S., 1983, VI, pp. 429-430; VÁZQUEZ SEIJAS, M., 1955 (1997), I, pp. 183-196; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1866 (2002), pp. 68-69.

Iglesia de Santa María do Campo

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DO CAMPO se halla en la parte más elevada del recinto amurallado y constituye el único ejemplar románico que se conserva en el casco histórico de Viveiro, pues la antigua iglesia de Santiago, que se alzaba en la Plaza Mayor y había sido edificada a finales del siglo XII, fue demolida en el año 1840.

Para llegar hasta el edificio que nos ocupa podemos hacerlo accediendo al espacio intramuros a través de la Puerta de Carlos V, dejaremos la Plaza Mayor a nuestra izquierda y continuaremos ascendiendo por la calle Teodoro de Quirós hasta encontrarnos las escaleras de piedra que dan acceso al atrio del templo alzado a nuestra derecha. Antaño la iglesia estuvo rodeada del campo que le dio su nombre y en nuestros días aparece rodeada por típicas fachadas de arquitectura popular y por la traza clasicista del convento, erigido en el siglo XVII, de la Purísima Concepción. La Plaza de Santa María do Campo fue declarada conjunto histórico artístico en el año 1982.

El edificio de fábrica románica está construido con sillares de granito y presenta planta basilical de tres naves y

ábside compuesto por un tramo recto y un remate semicircular. En la zona de la cabecera el ábside se presenta dividido en cinco tramos verticales, uno por cada uno de los dos lienzos de su tramo recto y tres en su hemiciclo, separados estos últimos por dos semicolumnas alzadas sobre pedestal y basa ática con garras sobre sus plintos. Sus capiteles muestran decoración vegetal el de la derecha y geométrica el de la izquierda, presentando sendos ábacos en dientes de sierra. Una imposta corrida ciñe todo el exterior absidal sirviendo de base a las tres ventanas que se distribuyen una por cada uno de los tres tramos del hemiciclo. Estas tres ventanas se componen de un doble arco de medio punto y moldura tórica apoyado en sencilla imposta y quedan enmarcadas por un par de columnas acodilladas de basa ática, fuste monolítico y capitel vegetal. Sosteniendo el alero se dispone una serie de dieciséis canecillos, en la que algunos representan figuras típicas del repertorio románico (onanista, contorsionista, animales) y otros, no figurativos, conectan con el discurso geométrico (rollos en voluta, billetes, bolas, moldura cóncava con arista). Sobre el muro diafragma del testero se rasga un óculo de la

misma tipología que el de la fachada principal, aunque este es de menor diámetro. Se remata esta zona con una espadaña de un hueco coronada por una cruz con el cordero, en sustitución de una antigua tau.

La fachada norte luce entre sus robustos contrafuertes una portada de estructura muy similar a la de la fachada principal, aunque esta es de menores dimensiones y consta de tres arquivoltas tóricas y dos columnas por jamba. Las dos del lado oriental presentan toscos capiteles de motivo vegetal y ábacos en dientes de sierra, mientras que las del lado occidental destacan por la fina labra de sus capiteles. Estos últimos responden a un refinado modelo corintio donde el cesto se compone de dos filas de hojas con el eje perlado y el remate se realiza con volutas en forma de bola, características que nos remiten a los modelos mateanos que, partiendo de la Catedral de Santiago, tendrán una gran difusión en Galicia desde finales del siglo XII. Los fustes son monolíticos a excepción del situado en la parte externa del lateral izquierdo. El tímpano, semicircular y liso, es sostenido por dos mochetas, representando el rostro de un hombre en cuclillas la de la izquierda y un bello adorno de tema vegetal la de la derecha. Todo el alero del muro septentrional permanece a la vista mostrando decoración con motivo de bolas y sustentado por

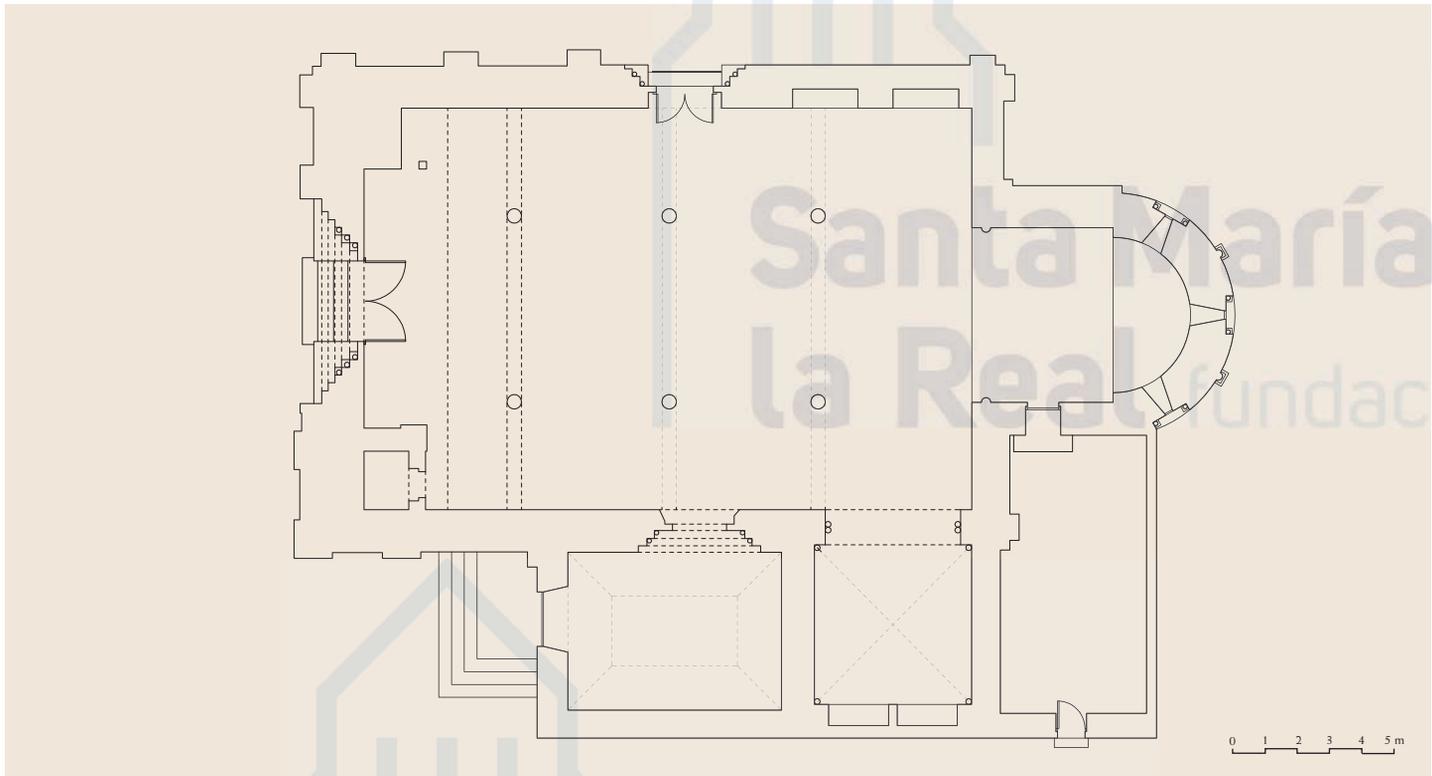
una larga serie de canchillos, casi todos con forma de proa o decorados por motivos geométricos.

Al contrario de lo que ocurre en la fachada norte, que se muestra prácticamente inalterada, la sur se ha ido modificando a lo largo de los siglos con la adhesión de nuevas construcciones y es por ello que nos revela una imagen muy distorsionada respecto a lo que pudo haber sido su aspecto original. Distinguimos claramente en el exterior tres volúmenes anexos, una sacristía y dos capillas. La sacristía, construida en el siglo XVI, se yuxtapone al tramo recto del lado meridional del ábside. En el lateral que mira al Este se rasgan tres ventanas rectangulares y en el orientado hacia el Sur se abre una sencilla puerta sobre la que se dispone una pequeña ventana. Sobre el paramento destacan un escudo de armas y una lápida granítica con inscripción.

A continuación aparece la capilla de San Gregorio, una obra del siglo XV cuyo lienzo externo se rompe por medio de un rosetón calado. Seguidamente la capilla del Rosario, añadida en el siglo XVIII, ocupa la zona central del muro sur, dejando oculta la portada románica que lucía esta fachada. Tanto en la sacristía como en la capilla de San Gregorio se emplea sillería de granito siguiendo la pauta de la obra románica, pero la capilla del Rosario se construye con aparejo de



Vista general



Planta

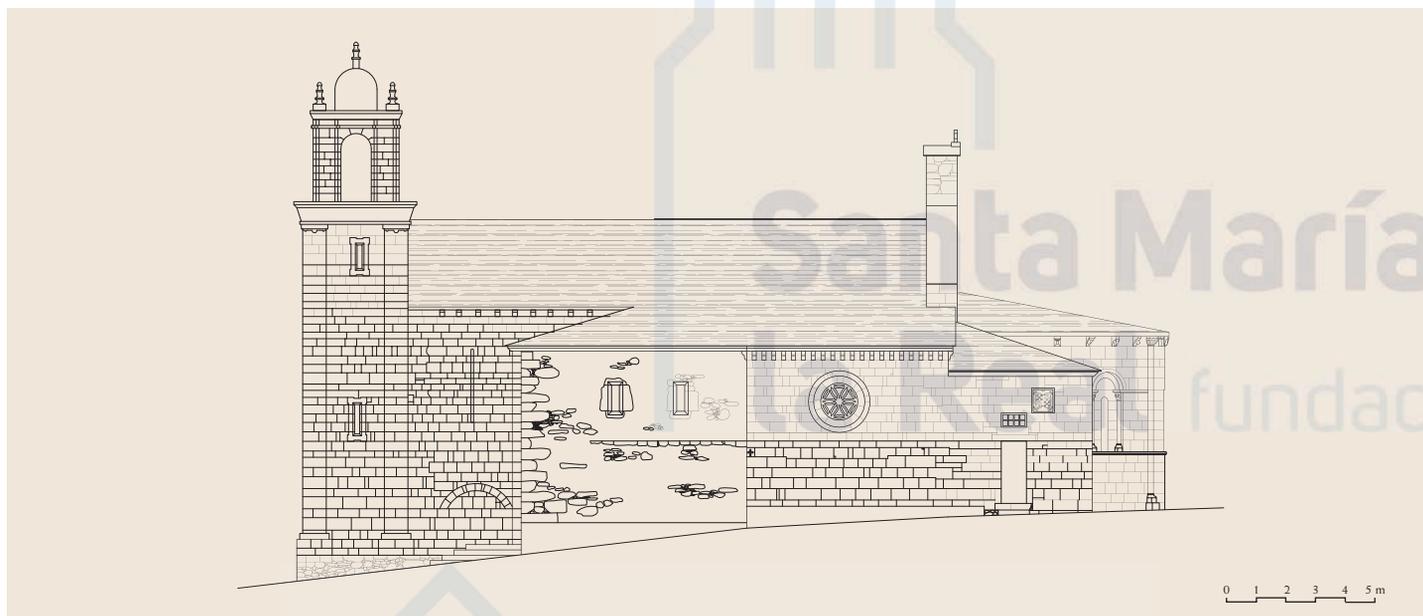
Alzado norte



menor entidad, levantándose sus paredes con mampostería sin enfoscar. Finalmente, hacia los pies de la nave, se aprecia el único fragmento de muro románico que ha quedado visible en este lateral de la iglesia. Este estrecho lienzo cuenta con sus correspondientes canchillos, una sencilla aspillera y un sepulcro del que solo resta la traza de un arco de medio punto. Debido a todas estas reformas han quedado ocultos la mayor

parte de los canchillos que recorrían el alero de la misma manera que en la fachada opuesta.

La fachada principal conserva su composición románica, a pesar de que en los siglos XVIII y XIX se le hayan añadido las dos torres que la flanquean y que albergan el reloj y las campanas. Mantiene los contrafuertes exteriores y remata en un piñón a dos aguas coronado por una cruz griega sobre el



Alzado sur

Alzado este



Alzado oeste



Cordero. Se organiza en tres calles verticales en correspondencia con las tres naves interiores, estando la central a su vez dividida en dos cuerpos, el inferior que ocupa la portada y el superior que ostenta un rosetón. Cuatro peldaños nos dirigen a la puerta principal que presenta tímpano semicircular liso y un par de mochetas decoradas con motivos geométricos. Componen la portada cuatro arquivoltas tóricas de medio punto sostenidas las tres internas por las correspondientes columnas y apoyada la exterior, a través de la imposta, en el muro moldurado que forma la jamba. Esta manera de solucionar el apoyo de la arquivolta exterior, aunque ya se había utilizado en la puerta de los monjes del monasterio de Meira,

es una composición característica de la iglesia de Santa María do Campo, repitiéndose en las otras dos portadas y en las ventanas del ábside. Una chambrana que reitera la moldura tórica de las arquivoltas perfila este conjunto que a su vez arranca de una línea de imposta decorada con bolas en su nacela. Los tres pares de columnas acodilladas se apoyan sobre basas áticas muy erosionadas que a su vez descansan sobre cúbicos plintos libres de decoración. Los codos interiores de las jambas entre los que se hallan los fustes de las columnas rematan en una moldura baquetonada. Dos fustes monolíticos y uno en dos piezas se disponen a cada uno de los lados de la entrada. Todos los capiteles presentan decoración



Canecillos del ábside

Ábside



*Portada sur**Capiteles de la portada sur*

vegetal con tendencia a la geometrización, pudiendo identificarse elementos como piñas o una hoja de roble. Destaca el capitel interior de la jamba norte, pues sobre su collarino funicular se esculpen dos aves que picotean las volutas convertidas en frutos, posiblemente racimos de uvas. Sobre la portada, sustentado por dieciocho canecillos con forma de proa, se

extiende un tornalluvias con adorno de bolas, que establece la división de esta fachada en dos cuerpos.

El gran rosetón protagoniza la ornamentación del cuerpo superior. Este, aunque es de fábrica moderna, conserva su anillo original compuesto de moldura tórica y fina baquetilla, todo ello rodeado por una orla formada por una serie de hojas dispuestas en sentido radial y cuyas partes superiores se vuelven sobre sí mismas. En líneas generales esta fachada remite al modelo de Santa María de Meira, pues además de adoptar su composición presenta varias analogías de tipo ornamental entre las que destaca la forma de resolver el anillo del rosetón.

Al introducirnos en el templo observamos que la nave central es más ancha y más alta que las laterales. El cuerpo de las naves, cuyas dimensiones son 19 m de largo por 13,50 m de ancho, presenta una única cubierta a dos aguas resuelta interiormente por medio de un armazón de madera que se apoya directamente sobre los tres pares de columnas que separan la nave central de las laterales. La preponderancia de estas seis columnas en el espacio tuvo que haber sido todavía mayor cuando lucían sus capiteles originales desaparecidos en una obra de reforma acaecida a finales del siglo XIX. En los muros laterales y en el testero septentrional se abren saeteras muy estrechas y alargadas, sin decoración y con derrame interior.



Portada oeste

La continuidad del muro que cierra la nave por el Norte solo se ve interrumpida por la portada que ya hemos descrito y por dos arcosolios que cobijan sepulcros, uno de ellos del siglo XVI con una inscripción flanqueada por dos escudos de armas. Respecto al interior de la portada, conviene destacar que en su tímpano luce un interesante grupo escultórico del siglo XVI en madera policromada que representa el Descendimiento, aunque es conocido como el grupo de las Angustias por haber sido su lugar original la puerta de la ciudad que llevaba este nombre.

En el lienzo más occidental del muro sur apreciamos en primer lugar una credencia de sección cuadrangular y exornada con finas molduras. A continuación se sitúa la antigua portada románica de la fachada meridional, que hoy ha quedado integrada en el interior del templo para comunicar el cuerpo de las naves con la capilla del Rosario. Se trata de una puerta de composición muy parecida a la que se ubica en la fachada opuesta. Presenta, sobre sencilla imposta, una doble arquivolta de medio punto apoyada en dos columnas acodilladas por

Capitel con aves en la portada oeste





Interior

jamba. Estas se apean sobre basamento con plintos y basas áticas y lucen el mismo tipo de capiteles con tendencia a la geometrización de la portada principal, con formas vegetales muy estilizadas y con piñas en los ángulos. Destaca en el lado derecho la figura de un ave en estilo toscano. El tímpano de nuevo dibuja un semicírculo liso que se apoya en un par de mochetas con decoración geométrica. En el interior de la capilla, que no reviste mayor interés arquitectónico, se guardan varias imágenes procedentes del demolido convento de Santo Domingo.

En este mismo costado, entre la capilla del Rosario y la zona que forma el ángulo sureste, se dispone la capilla de

San Gregorio, que rompe el muro de la nave con su acceso a través de un doble arco apuntado que descansa en dos pares de columnas con capiteles ricamente decorados. En el interior observamos una planta cuadrada cubierta mediante bóveda de arista con rosácea en la clave y sustentada por cuatro columnas de ornamentados capiteles. Bajo el rosetón que la ilumina hay dos arcosolios ojivales que cobijan sendos sepulcros con sus correspondientes estatuas yacientes y escudos, mostrando uno de ellos la siguiente inscripción:

LOPE AFONSO DE GAIMONDE Y ALDONCA: A SU MUGER:
FYZIERON ESTA CAPILLA ERA MYL E CCCC E VI ANOS.

María
fundación

la Real fundación

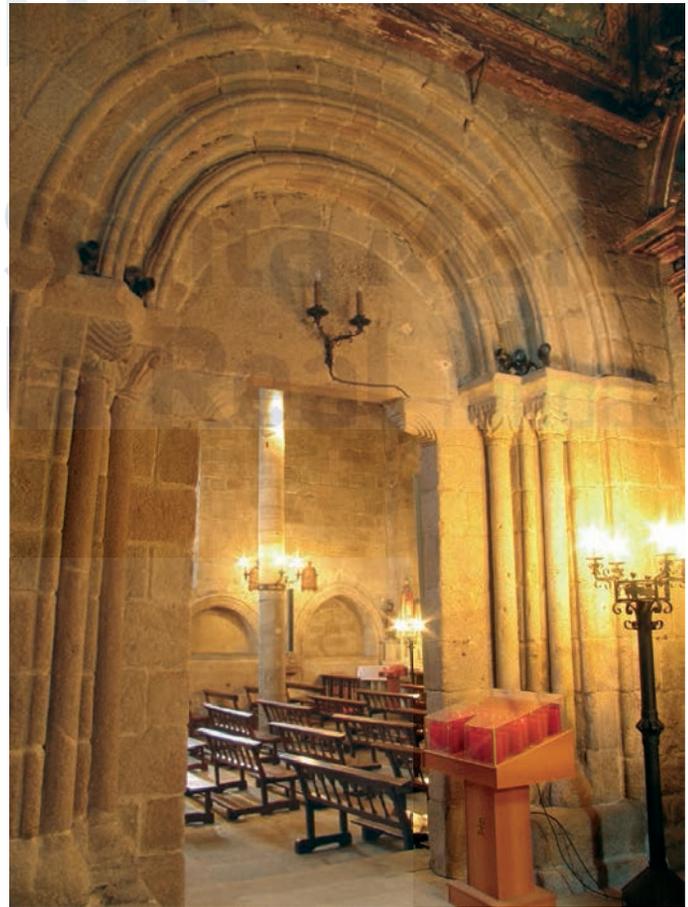
El arco triunfal que da acceso al presbiterio es semicircular y se apoya en dos columnas embebidas alzadas sobre un podio. Sus fustes arrancan de basas áticas con garras sobre sus plintos y sus capiteles aparecen labrados con motivos fitomorfs y zoomorfs. En ambos se representa, entre dos piñas colocadas en los ángulos a modo de volutas, la imagen de un cuadrúpedo cuya especie resulta difícil de identificar debido a la tosquedad de su ejecución. Algunos autores han relacionado estos animales con un posible fin apotropaico por encontrarse situados justo en la entrada de la zona sacra.

El cuerpo absidal cubre su tramo recto con bóveda de cañón y su hemiciclo con cuarto de esfera. Una sencilla imposta recorre todo el recinto. En el tramo recto del muro sur se abre una sencilla puerta de comunicación con la sacristía a la que ya hemos aludido. La luz penetra directamente en el presbiterio a través de los tres vanos de medio punto y con derrame interior que ya hemos tratado al referirnos al exterior de la cabecera. Cabe destacar que en 1945, al llevar a cabo las obras de restauración que le devolverían parte de su entidad al monumento, apareció una inscripción en el interior del muro del ábside. Está escrita con letras mayúsculas y minúsculas y se piensa que fue realizada con posterioridad a la construcción románica, probablemente no antes del siglo XVI, dice así: MARIA VE R. MVDI.

Villaamil y Castro menciona en su obra *Iglesias Gallegas de la Edad Media* la existencia en este edificio de interesantes restos de pinturas murales que representaban el capítulo de La Degollación de los Santos Inocentes. Sobre ellas apunta: "son de composición y detalles muy parecidos a los del mismo asunto de la Catedral mindoniense"; sin embargo hoy no conservamos nada de estas pinturas realizadas en el siglo XVI.

No se conserva documentación acerca de la construcción de esta iglesia, aunque podemos establecer ciertos paralelismos estilísticos y estructurales respecto a algunos edificios muy significativos. La tipología de fachada, el rosetón, algunos capiteles y otros elementos como los canecillos en proa o la decoración de bolas, siguen los parámetros marcados por la iglesia de Santa María de Meira, cuyas obras concluyen en torno a 1220-1225. No resulta extraño que también existan analogías respecto a la cercana catedral de Mondoñedo, pues esta a su vez manifiesta una acusada influencia meirense. La estructurada articulación del ábside, la composición de la puerta principal, las mochetas figuradas o los capiteles del lado occidental de la puerta norte, nos remiten a la iglesia de San Juan de Portomarín. Habiendo establecido estas relaciones podemos indicar una cronología aproximada para la iglesia de Santa María do Campo que se encontraría en el segundo cuarto del siglo XIII.

La iglesia de Santa María do Campo cobija en su interior una interesante pila bautismal de traza románica. Sobre un pedestal de base cuadrangular, que se supone añadido posteriormente, se asienta la pila que tiene unas dimensiones de 60 cm de alto y 1 m de diámetro. Está realizada en granito y presenta una copa circular de tipo semiesférico con



Antigua portada sur

Pila bautismal



prolongación en paredes verticales hacia la embocadura. El cuerpo de la pila se estructura en dos partes horizontales: la superior y principal, que contiene la decoración iconográfica enmarcada entre molduras, y la inferior que sirve de base noble a la parte esculpida y está compuesta de molduras tipo baquetilla entre escocias.

Teniendo en cuenta la disposición en la que hoy se nos muestra la pila, observamos en el centro de la composición una cruz latina entre dos arbustos, símbolo de la muerte y la resurrección del neófito a la nueva vida. Hacia el lado izquierdo se distinguen varios árboles, un trébol, tres aves, una estrella y un orante con los brazos erguidos. Hacia la derecha reconocemos una roseta o sol radiante, dos cuadrúpedos que se asemejan a un asno y un elefante, tres figuras humanas de orantes con aves sobre sus cabezas y tres árboles. A ambos lados de la franja se suceden algunas formas circulares que no son fácilmente identificables, pero que bien podrían representar cabezas humanas, una luna con rostro o un disco solar. La lectura iconográfica del conjunto de estos motivos ornamentales nos convierte una simple escena bucólica en otra mucho más profunda que evoca el Paraíso Celeste. Esta temática decorativa constituye una herencia del mundo paleocristiano, donde los baptisterios se decoraban con temas alusivos a su propia función bautismal.

Tanto la apariencia de las molduras como el discurso iconográfico encajan perfectamente para poder considerar esta pila como un diseño románico artesanal que podría haberse realizado al mismo tiempo que la iglesia que lo alberga.

Texto y fotos: DMRR - Planos: MGR

Bibliografía

AMOR MEILÁN, M., s.a.c. (1980), IX, pp. 859-896; CAL PARDO, E., 1991, pp. 17-19; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972 (2008), II, p. 650; CHAMOSO LAMAS, M., GONZÁLEZ, V. y REGAL, B., 1973 (1979), pp. 517-518; CHAO ESPINA, E., 1976, pp. 37-41, 120-122; CHAO ESPINA, E., 1977, pp. 17-34; CHAO ESPINA, E., 1988, pp. 118-133; DELGADO GÓMEZ, J., 1992c, pp. 21-28; DELGADO GÓMEZ, J., 1996-1999, VI, pp. 175-187; DÍAZ TIE, M., 1990, pp. 821-842; DONAPETRY IRIBARNEGARAY, J., 1953 (1991), pp. 91-99; DONAPETRY IRIBARNEGARAY, J., 1953 (2007), V, p. 238; FARIÑA JAMARDO, X., 1991, X, pp. 411-426; LÓPEZ ALSINA, F., 1976, p. 62; OTERO PEDRAYO, R., 1962, I, pp. 149-151; PARCA SANJURJO, J. A., 1909, pp. 159-160; RIELO CARBALLO, N., 1974-1991, XXX, p. 165; SAN CRISTÓBAL SEBASTIÁN, S., 1983, VI, pp. 439-442; SAN CRISTÓBAL SEBASTIÁN, S., 1984, pp. 5-42; TOBÍO FERNÁNDEZ, L., 1933, pp. 44-48; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 153-175; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, II, pp. 111-151; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1866 (2002), pp. 68-69; VILLAAMIL Y CASTRO, J., 1904, pp. 241-250.

Santa María
la Real fundación

Santa María
la Real fundación